

lieve se ve que si la carta del humilde religioso hijo de S. Ignacio parece desde luego escrita por el Angel de la Compañía, la de Felipe II, en el estilo y fondo muestra señaladamente y de bulto al Rey devotísimo, lleno de respeto y amor para las cosas de Dios y de su Iglesia ¹.

Mucho se ha calumniado al Rey Prudente apellidándole fanático y apocado. Sin embargo, hubo en esta despedida y correspondencia íntima entre el santo General y D. Felipe un incidente pequeño y de poca monta; pero que destruye el ser fanático que atribuyen al Prudente Monarca sus ciegos enemigos. Y fué que á pesar de recibir de manos del Marqués de Denia, yerno de S. Francisco, el susodicho Lignum Crucis, con auténtica declaratoria que procedía de sus manos, no le bastó todo esto á Su Majestad, sino que al punto mandó al dicho Marqués tornar al Colegio para suplicar al Santo testimonio suyo formal y fehaciente de la verdad de la santa reliquia. Y con efecto; trajo el Marqués el reclamado testimonio, firmado del santo General, que tranquilizó por completo al Rey D. Felipe. El cual tomándolo en la mano, lo besó piadosamente por el lugar donde estaba la firma del Santo bendito. Después añadió con cierta ternura: «este solo testimonio de el P. Francisco Borja, aunque no hubiese otra auténtica, era bastante argumento

¹ De S. Francisco de Borja, con fecha 13 de Noviembre de 1555 hace S. Ignacio su padre y en muy breves palabras cumplida apología. En la patente con que le nombra Comisario General de todas las provincias de la Península y de las Indias sujetas á España y Portugal, escribe él Santo Fundador así:... «á nuestro carísimo en Cristo hermano don Francisco de Borja, comisario de la misma compañía en los reinos de España y Portugal y de sus indias salud sempiterna en el Señor. Confiando Nos mucho en tu entereza de vida que por largo tiempo hemos probado y muy bien conocido, y en tu doctrina, y en aquella prudencia en el manejo de los negocios, y en los otros dones suyos que en tí hay....» *Cartas de S. Ignacio de Loyola; tomo VI. pág. 58 y 59.* Y cuanto amaba el Padre al hijo se ofrece en cien lugares de estas preciosas cartas y singularmente en la 742 donde le dice: «lo otro es que mucho os encargo tengáis cuenta especial con vuestra salud corporal, y no hagáis escrúpulo en acomodar vuestra persona de cualesquiera cosas que sean convenientes para ella, así en el comer, como en el vestir y demás....» *Ibid. pág. 65.*

para que yo le creyese pedazo de la cruz de Cristo» ¹. Y no era esto juzgar á ciegas y tener como infalible el testimonio del santo General; sino que se acordaba mucho de un prodigio muy portentoso que la Omnipotencia divina quiso en cierta ocasión obrar por manos del bienaventurado jesuita. Sucedió que estando perpleja la Princesa Juana sobre dar lugar en su relicario á un Lignum Crucis que le habían regalado, llegó á la sazón el P. Borja á las habitaciones de tan santa y religiosa mujer. Y como el Santo asegurase á la augusta señora de la autenticidad del sacratísimo leño, para probarle la verdad de su afirmación, lo tomó en la mano, lo estrujó entre los dedos y comenzó á manar gotas de sangre. Con lo que la Princesa quedó tan convencida como atónita ².

V.

EL P. FRANCISCO BORJA EN VALLADOLID.

Salió ya por fin de Madrid la legación pontificia y con ella el P. General de la Compañía, dejando, como se ha visto, lleno de pesadumbre al Rey Prudente, porque no sabe cuanto pierde quien se ve privado del verdadero amigo, que no suele ser ni

¹ «...Le suplicó diesse testimonio firmado de la verdad del santo Madero, y aviendo llevado el Marqués de Denia el testimonio que se pedía besó el piadoso Monarca la firma...» *Item, ibid.*

² «Acordavase (El Rey) de el portento que entre las manos de Borja avía obrado la Omnipotencia exprimiendo sangre pura á un Lignum Crucis de la Princesa, en abono de que era parte del Arbol de la vida.» Cienfuegos, Nieremberg y todos los biógrafos de S. Francisco de Borja refieren unánimemente el milagro. El P. Nieremberg tomó el caso de las actas de canonización. Véanse los libros de entrambos autores arriba citados. «Pues ¿qué diré, escribía Ribadeneira, de la devoción que tuvo á las reliquias é imágenes de los Santos?... Llegó á muy alto grado de contemplación unitiva y afectiva y en ella se regalaba y se abrasaba su espíritu y se encendía cada día más en el amor de su amado.» *Ibid.* No hay maravilla, por tanto, en que respetase D. Felipe la santidad y el juicio de varones tan amigos de Dios como era el P. Francisco.

haber sino uno entre mil. No cuadra á mi propósito seguir á tan ilustre y santa comitiva; básteme indicar que partieron en paz á recoger alegres el mismo fruto en Lisboa que en la corte de España. Los Monarcas de aquellos siglos pertenecientes al régimen que hoy es llamado viejo, eran señores y no esclavos de sus vasallos, y podían por tanto prestar apoyo y defender á la Iglesia de Dios, conforme están obligados. Y esto mismo incita ahora y nos convida el ánimo á retroceder algunos años por estudiar y contemplar á S. Francisco de Borja en relación íntima y santa con la Princesa doña Juana. Conoció esta Señora la prudencia y las virtudes del P. Borja, cuando se hallaba en Lisboa casada con el heredero de la Corona de aquel reino, y entonces supo tan ejemplar Princesa escogerle entre muchos para que dirigiera su conciencia con grande contentamiento de los reyes sus suegros, que habían llamado á la corte al bendito religioso¹. No se puede ponderar debidamente el grado de virtud y perfección á que llegó aquella Princesa devotísima guiada por tan santo director. Porque fué tal, que las damas y caballeros de la Corte portuguesa andaban edificadas con solo mirar la unción y compostura de las obras y palabras de Su Alteza. Y así se vió pasar la devoción de esta señora á las damas y doncellas del real palacio, admirándose mucho en ellas la frecuencia de sacramentos y señales manifiestas de la penitencia en que se ejercitaban. El P. Borja acudía semanalmente al regio alcázar á explicar la doctrina cristiana con sumo acierto y fervor, amén del ejemplo de su profunda humildad. Ni hay motivos apenas para añadir con cuanto respeto y particular afecto le escuchaban los individuos todos de la alta servidumbre de pala-

¹ «Comunicó entónces la Princesa al siervo de Dios y se aprovechó mucho de sus consejos.» Véase la vida del mismo Santo por el P. Eusebio Nieremberg, lib. II, cap. XXIV, pág. 151. Madrid: 1644. Casó la Princesa Doña Juana con el Príncipe D. Juan de Portugal año 1553, quedándose á los cuatro años viuda y desconsolada con el Príncipe que luego fué el Rey D. Sebastián de la misma nación, en el seno. Vínose pronto á España donde fué, como ya se sabe, «Gobernadora de Castilla, y el tiempo que vivió en ella dió notable ejemplo de su templanza y prudencia. Resplandeció en el celo del aumento de la religión católica.» Gonzal. Davila: ; *Grandezas de Madrid*; pág. 38. edic. cit.

cio á la cabeza de la cual nunca faltaba la Reina Doña Catalina, ni la Princesa Doña Juana¹.

Joven y airosa aún esta Princesa, quedóse viuda y afligidísima por muerte de su esposo y señor el malogrado Príncipe D. Sebastián peleando con más denuedo que acierto contra las gentes de Africa. Aquella desdichada expedición se llevó á cabo contra los consejos del Rey Prudente, que no pudo disuadir á su augusto sobrino que la emprendiese². Al poco tiempo dejó á Lisboa para venirse á España y vivir con su hermano el Rey Prudente, que la recibió con lágrimas en los ojos, en los límites de entrambas naciones por la vía de Salamanca³. Por aquellos años el Rey D. Felipe hizo su primer viaje á Flandes dejando por Gobernadora de todos sus reinos á la Princesa su hermana. La mucha discreción y talentos naturales de Doña Juana inspiraron al Rey Católico toda la confianza necesaria para designarla á tal efecto y constituirla cabeza de la nación. En lo cual anduvo muy acertado Su Majestad, porque la Princesa viuda era mujer discretísima y de raras virtudes, muy consagrada á la oración continua, temerosa de Dios y solícita por la felicidad de España, mostrando en todo gran concierto así en el gobierno particular de la real casa como de todo el reino⁴. Extraordina-

¹ Nieremberg, cap. cit. pág. 152.

² De esta Princesa excelentísima añade aún Gil G. Dávila, que sólo la gloria de Dios y el aumento de la fé católica «tuvo por fin en el Convento Real que fundó de religiosas Descalzas en la villa de Madrid y en el Colegio de religiosas de S. Agustín que fundó en Alcalá de Henares, y en las mandas que dejó en Portugal y otras partes para la conversión de los gentiles idólatras. Y para la piedad de curar á los enfermos edificó un Hospital de suntuoso edificio en la villa de Madrid. Dejó á los conventos y hospitales de esta villa grandes mandas y muchas rentas para casar doncellas; y á las iglesias pobres de las montañas cálices de plata, corporales y otras cosas.» *Grandezas de Madrid*; *ibid*.

³ Véase la *Nueva Luz*, cap. VI, y principalmente el muy curioso é interesante viaje de Felipe II, por Andrés Muñoz.

⁴ Hé aquí el retrato que hace de la Princesa Gobernadora el P. Nieremberg: «La Princesa era una perfecta idea de como quería S. Pablo á las viudas orando de día y de noche y mostrándose irreprehensible en todo, así en el gobierno de su casa como en el de todo el reino.» *Vida del S. P. el B. Francisco de Borja*, pág. 152.

ria cosa parece y fué; pero es lo cierto que S. Francisco de Borja venido asimismo de Lisboa á Valladolid, llegó á convertir el real palacio en semillero de religiosas. Porque muchas de las damas y doncellas de la Princesa seguían las sendas de la piedad y de limpieza de su Señora; y en tal manera, que algunas de ellas renunciaban las riquezas efímeras del mundo, el fausto y los boatos de la Corte para retirarse á las mansiones y soledad bendita de los claustros ¹.

El ejemplo y las predicaciones del P. Borja dentro del Real Palacio produjeron resultados saludables y maravillosos. Ya no se oían jamás entre las damas palabras ociosas, ni murmuraciones, ni se conocía la envidia trastornadora de corazones y cabezas de los nobles y poderosos; sino que allí, cumplida la obligación de cada cual, se hablaba siempre de virtudes y de la senda mejor para servir á Dios. Traían sus almas

¹ «Imitaban las criadas á su señora, y así muchas damas se entraban monjas siendo más las que salían para monasterios y sagradas bodas del Cordero que las que abrazaban á esposos de la tierra:» Item, *ibid.*

A la manera que esta digna hermana de Felipe II daba siempre buen ejemplo de piedad, no le faltaba energía, como se vió de un modo singular en la defensa que hizo de la Compañía de Jesús cuando los tristes sucesos y alborotos de Zaragoza que arrojaron á sus beneméritos religiosos de la ciudad. Entonces, 27 de Julio de 1555, fué cuando ella escribió así: «Venerables inquisidores contra la herética pravedad y apostasia en el reino de Aragón. Ya havreis entendido lo que en esta Ciudad se ha intentado por algunas personas eclesiásticas contra los religiosos de la Compañía del nombre de Jesús, y haviendosenos hecho relación de lo que en esto ay, pareciendo que es en deservicio de nuestro Señor y de su M.^d y en deshonor de tal religión, mandé hacer cierto despacho con consulta de los del Consejo de Aragon, remitidas las cartas al Regente M.^o Camacho del dicho Consejo que hay está al presente, por el qual se ordenaba que el Vicario general y oficiales del Arzobispo y el guardian de Sanct Francisco, como conservador del prior y frailes del monasterio de Sanct Agustin, depusiesen dentro de tres días todo lo que por parte dellos se havia procedido contra los religiosos de la dicha Compañía de Jesus.....» Mándales allí mismo que obliguen á los alborotadores á contenerse y desdecirse so pena de comparecer dentro de quince días en la corte á darle razón de su proceder contra la Compañía, sus bulas y privilegios pontificios. *Cartas de San Ignacio, vol. VI.* pág. 605, 606 y 607.

preocupadas en estudiar cuál sería el aparejo más propio y digno para comulgar con mayor fruto, y cuál forma podría ser la más á propósito de frecuentar y recibir santa y debidamente los sacramentos de la Penitencia y Divina Eucaristía ¹. Y porque nada faltase en el regio Alcázar vallisoletano y fuese copia verdad era de los monasterios, se ejercitaban aquella alta servidumbre y sus dependientes en la oración frecuentísima; hacían varios géneros de penitencia, y no escaseaban, como en los cláustros, los silicios y disciplinas con que aquella noble y delicada gente castigaba sin piedad ni duelo las inclinaciones perversas del mundo, demonio y carne ². ¿Y qué más? La perfección cristiana fué allí levantada por el P. Borja á tanta altura, en la Real Casa y Corte de la Princesa Doña Juana, que, formando empeño las señoras y doncellas susodichas de no tener voluntad propia, una de ellas, nombrada al efecto, desempeñaba el cargo de Superiora, á la cual prestaban las demás sumisión y obediencia ³.

La Princesa Doña Juana, criada y educada, como su her-

¹ «No avia entre ellas otra habla sino las virtudes y de servir á Dios: sus ocupaciones eran de disponerse para confesar y comulgar dignamente, frecuentando muy á menudo estos saludables sacramentos.» Nieremberg, *ibid.*

² «La oración era casi continua; la penitencia de muchas maneras; mucho uso de silicios y disciplinas y otros géneros de mortificación.» Item, *ibid.* Este celo y deseo de perfección cristiana en la alta servidumbre del Real Palacio, era en gran parte efecto del santo ejemplo de la Princesa Gobernadora. La cual, ya desde muy niña, «jamás queria estar ociosa; siempre la hallaban ocupada, ó en pasar el rosario, ó en alguna otra accion buena.» De todo ello, y más, tenía buen cuidado la Emperatriz, su madre, «y ella misma muchos ratos enseñaba á sus hijos doctrina del cielo.» Así se explica cómo cuando «apenas tenia ocho años la Infanta sabia ya leer clara y distintamente, no solo en libros de romance, sino tambien en los de la lengua latina, y aun tenia buenos principios y noticia de ella..... Tañía diferentes instrumentos, y desde su niñez fué inclinada á la música..... y era tan diestra en tañer y cantar, que suspendía los ánimos y despertaba celestiales consuelos en los que la oían.» *Vida de la Princesa Doña Juana.....* por Fr. Juan Carrillo, fol. 5; Madrid, 1616.

³ «Y para que no les faltase la (mortificación) de la propia voluntad, escogian cada mes una por superiora, á quien obedecian con gran rendimiento.» Item, *ibid.*

mano D. Felipe, en el santo temor de Dios, que es raíz y principio de la sabiduría, tenía como se va viendo, en concierto y orden admirable la gente de su Palacio. El ejemplar que perseguía hasta donde fuese posible era, según refieren los libros contemporáneos, la vida perfecta de los claustros¹. De tal forma se imitaba aquel modelo en el regio Alcázar, que hasta tenían designada una sala especial á donde se retiraban y juntaban como en capítulo las virtuosas señoras que constituían la alta servidumbre de Palacio. Allí declaraban humildemente sus imperfecciones y cumplían la penitencia que la dama superiora les imponía, echádoles en rostro, cuando era menester, los defectos que en cada cual de ellas había observado². De la humildad de aquellas nobilísimas señoras y del desprecio con que miraban las cosas deleznable de la tierra, no hay que hablar, porque se sabe que tenían por modelo en ello al bienaventurado P. Borja. Y llevaron esto tan adelante, que las damas se convirtieron en siervas, desempeñando gustosísimamente las obligaciones de sus criadas. De suerte que toda aquella casa vino á ser ejemplo de virtudes y predicación silenciosa de orden y bien vivir á la Corte y á la nación entera. De tal ejemplo se habían de aprovechar por necesidad los palacios de los poderosos, singularmente de las damas y sus deudos que servían en las regias moradas, extendiéndose así aquella fragancia de virtudes por la Corte y otras ciudades³.

¹ No estaba solamente la Real Casa en el gobierno de la Princesa dispuesta en el orden de piedad y virtudes que enseñan los autores de aquellos tiempos, sino que sucedía otro tanto en las cámaras y los oratorios de Felipe II y de las Reinas piísimas que sucesivamente fueron sus mujeres. Véase la *Chronica espiritual augustiniana*, tom. III, pág. 557 hasta 565.

² «Juntábanse como capítulo en una sala retirada, y allí hazian la penitencia que les dava la superiora, ó por las faltas que se avian notado en algunas, ó ellas mismas las confesaban con gran humildad y verdad.» Nieremberg, *ibid.* Consta que algo de todo esto intentó practicar en la Real Casa, reinando Isabel II, el santo Arzobispo P. Claret; pero sólo le dejó establecer la sombra apenas de tan buena obra la perversidad y malicia de los tiempos.

³ «Y con el exemplo de S. Francisco de Borja se inclinavan tanto

Era sumo el contentamiento que producía en el corazón perfecto y humildísimo de la Princesa Gobernadora la serie de virtudes y penitencia que con tanto placer suyo practicaban la servidumbre alta y baja de su casa¹. Y como ella conocía ser causa de tan hermosos ejemplos el P. Borja, solía afirmar que aún teniendo facilidad de consagrarle Papa, no lo hiciera para no apartar de su casa tanta virtud, orden y concierto. Y el día que el Emperador, su padre, y D. Felipe, su hermano, intentaron premiar tanta virtud y austeridad como veían en el Duque de Gandía, la Princesa Doña Juana se atravesó en el camino, impidiendo con súplicas que no se verificara. Porque temblaba con la sola idea de perder tan sabia dirección de su conciencia y del régimen interior de la Real Casa². Digan lo que quieran los escritores poco afectos á la casa de Austria, y singularmente los enemigos fieros y mansos de Felipe II; pero es cierto y notorio que el Palacio de este gran Monarca era modelo de piedad á todos sus reinos³.

al desprecio del mundo y abatimiento propio, que servian las damas y señoras á sus mismas criadas, haziendo con ellas los oficios que ellas devian hazer con sus amas. De suerte que todo el palacio era una escuela de virtud y perfeccion.» *Item, ibid.*

¹ Quien quisiere conocer más por menudo las altas prendas y virtudes de la Princesa, vea la obra titulada *Relacion histórica de la Real fundacion del Monasterio de las Descalzas de Santa Clara de Madrid.... con las vidas de la Princesa de Portugal Doña Juana de Austria, su fundadora, y de la M. C. de la Emperatriz María, su hermana, que vivió y acabó santamente alli su vida....* por Fray Juan Carrillo, de la Orden de San Francisco. Madrid, 1616.

² El citado P. Franciscano Fr. Juan Carrillo afirma que San Francisco de Borja fué quien, después de Dios, despertó en la Princesa el pensamiento santo de fundar el Convento de las Descalzas, donde en su mismo tiempo llegaron á reunirse cuatro personas reales, monjas, en sus anchurosos cláustros. «Con este Padre (Borja) conversaba la bendita Princesa, y á él dió razon de sus santos intentos, para que como tan prudente y sabio, y sobre todo tan gran siervo de Dios.... le enseñase el camino que mas á propósito habia de ser y la obra que con mas acierto habia de emprender....» *Vida de la Princesa Doña Juana*, fol. vuelto 16.

³ «Gozávase mucho desto la Princesa, y reconociendo ser causa de tanto fervor en su casa el P. S. Francisco.... dezia que aunque tuviera

En medio de tantas y tan santas complacencias, no faltó al santo Borja por aquellos años el cáliz de amargura, siquiera porque el discípulo no pareciese de mejor condición que el Maestro. Consistió en que andando muy tirantes y hasta rotas las relaciones entre las Cortes de Roma y España, según varios escritores, el Pontífice Paulo IV, de buena memoria, tuvo conatos de lanzar excomunión sobre Felipe II y sus Ministros, nombrando al P. Borja para que en las iglesias de Madrid y otras ciudades publicase tan formidable censura ¹. Mucho deploró el santo religioso la noticia, hasta derramar lágrimas abundantes de sentimiento y pena, y mostrar el rostro demudado, observando todos que llevaba retratado en él raro y profundísimo dolor. Lo cual obligó al P. Dionisio, su compañero, á preguntarle, en el camino para Simancas, la causa de aquella novedad ². El afligido Padre hubo de responder á su hermano de religión que tenía traspasada el alma por el aviso recibido entonces de cómo el Papa se inclinaba á castigar con penas gravísimas espirituales á D. Felipe II y á los ministros de su justicia, recelando que su humilde persona había de ser el instrumento con el cual intentaba azotar tan terriblemente á España el Sumo Pontífice ³.

en su mano hacerle Sumo Pontífice no lo hiziera..... para no quitarle la ocasion que tenia de dar tan heroicos ejemplos de humildad; y cuando su Padre el Emperador y su hermano el Príncipe D. Felipe le quisieron hazer Cardenal, ella les pidió que no lo hiziesen por las razones dichas.» Nieremberg, *ibid.*

¹ Cienfuegos, lib. IV, pág. 237, asegura que Paulo IV trató «de excomulgar á D. Felipe II y á los ministros de su Tribunal supremo, y que Borja fuese el instrumento de esta publicacion que se avia de hacer desde el púlpito en la Corte y en otras ciudades de España.»

² «Esta noticia atravesó el corazon de Borja con la mas penetrante saeta, desangrándose por los ojos el alma..... Trató de aplacar el cielo irritado, partió á Simancas con el P. Dionisio, que observó en el camino una desacostumbrada nube en su rostro.... Preguntóle la causa.....» *Item, ibid.*

³ «Respondió Borja suspirando: traigo el corazon metido entre una tiara y una corona..... yo supe oy por bien secreto y bien seguro aviso que la cabeza de la Iglesia, enfurecida contra nuestro Monarca y los ministros de toda su justicia, se resuelve á declarar excomulgados y cismáticos al Príncipe D. Felipe y á todos sus tribunales, obligándome

Así anduvo triste y perplejo San Francisco de Borja, temiendo por una parte faltar al voto de obediencia hecho al Padre Santo, y por otra cooperar más ó menos al escándalo de toda la nación, ó á ser por ventura centella que encendiese en España hoguera consumidora de la fe católica y religión de nuestros antepasados ¹. A pesar de todo, el P. Francisco Borja se resolvió, por buscar tranquilidad á su conciencia, consultar el negocio con Dios y con los sabios de la religión y de la Iglesia, y seguir ciegamente el dictamen que le insinuasen sin guardar miramiento alguno al respeto humano. Así, pues, y desde luego, comenzó á ejercitarse más y más en penitencias austeras y continuas, ayudándole en ello los religiosos de la provincia. Prolongaba su oración mental y se ofrecían á Dios sacrificios desde muchos altares por conjurar la tormenta que amenazaba á la religión y á la patria. ¿Quién duda sinó que la virtuosísima Princesa Doña Juana y las nobles señoras de la Real Casa redoblarían las austeridades con que afligían sus cuerpos, y las plegarias que continuamente elevaban al Cielo pidiendo al Padre de las misericordias que aplacase el desagrado del Romano Pontífice, y dejase continuar luciendo en España la luz de la fe católica, apostólica, romana, única religión verdadera?

Hubieron acogida feliz en el Trono de Dios las súplicas y mortificaciones de aquellas almas limpias y sencillas, porque la historia de nuestro dorado siglo enseña que poco tiempo después tuvo noticia el Padre Borja de cómo el Vicario de Jesucristo ponderó el asunto con más sosiego, y atendió más á las inspiraciones de Pedro que á los consejos de deudos y pri-

á mí con censuras por sus Letras Apostólicas á que sea el infeliz instrumento que tome en la mano azote tan sensible que castiga mas al mismo verdugo.» *Item, ibid.*

¹ «Si no obedezco parece que me hago delincuente y transgresor del voto.... y si me rindo al precepto, veo arder por España el escándalo, y que el silbo del pastor ha de pasar á ser trueno con que se estremezca la religion y el mundo, debiendo temer mucho.... que se abra la fe de la nacion.... y mas cuando sabemos que los particulares intereses se introducen á ser zelo en muchos corazones.» *Item, ibidem.*

vados. Decíasele en comunicación privada que Su Santidad había abandonado todo intento de imponer censuras al brazo derecho de la cristiandad, al Rey de España ¹. Y no se puede dudar que la luz divina especialísima que asiste á los Romanos Pontífices, singularmente en casos graves, alumbró entonces con brillo particular la mente del Sumo Pontífice, mostrándole que el camino por donde andaban algunos que le servían era torcido y por demás sembrado de ambiciones y de interés ². Por donde se puede ver de paso cómo la NUEVA LUZ no está ni remotísimamente inclinada al regalismo cuando trata de la guerra entre Paulo IV y D. Felipe, sino que pone las cosas en el lugar debido, sin repetir las palabras duras contra el Papa venerable, de nuestros historiadores de aquel siglo ³.

¹ Después de muchas penitencias, oración y sacrificios hechos por Borja y sus religiosos, «tuvo pliego de Roma en que se le decía que el Pontífice, habiendo meditado sosegadamente la materia, envainaba la espada y todas las armas de la Iglesia.» Item, *ibid.*

² «Desterró el Papa á sus sobrinos el Duque Paliano y el Cardenal Carrafa, y mandó también que el Marqués Antonio saliese de Roma, y después el Papa Pío IV hizo cortar sus cabezas torzidas ázia el interés y aora ázia su ruina, porque avian sido la causa de toda la discordia entre el Pontífice y el Rey Católico.» Cienfuegos en el dicho libro, pág. 238.

³ El Cardenal *Hergenrother* en su *Historia de la Iglesia volumen V*, pág. 374 escribe, que Paulo IV era «naturalmente adverso de de la casa hispano-austriaca recibiendo con indignación la noticia de la paz religiosa de Augsburgo de 1555»: lo cual y otros motivos generales y particulares «determinaron al Papa á adherirse cada vez más á la política francesa, ajustando por último, un tratado de alianza con Francia; y como surgiesen nuevas desavenencias, aceptó finalmente la guerra con Felipe II, rey de Nápoles. El Duque de Alba invadió en Setiembre de 1556 los Estados Pontificios y se apoderó de varias plazas; pero dirigió las operaciones con notable comedimiento, y Felipe II puso muy luego fin á la lucha con una paz altamente ventajosa para el Pontífice, por la que se le devolvieron todos los dominios de la Iglesia. A su vez Paulo IV reconoció á D. Felipe como hijo sumiso de la Iglesia y renunció á toda alianza con sus enemigos.»



CAPITULO IX.

I.

EL BEATO OROZCO Y D. FELIPE II.

COMO de la mano lleva ahora al curioso lector la virtuosísima Princesa Doña Juana á recordar aquí no más de algunos hechos y conceptos sobre las relaciones íntimas de santa amistad habida entre el Beato Padre Fr. Alfonso de Orozco, hijo de la ínclita Orden de San Agustín, y el Monarca Prudente D. Felipe II. Porque antes que el Emperador D. Carlos V y el Rey su hijo, trató muy de cerca los negocios del estado y de su conciencia con el Beato Alonso la Princesa Gobernadora, viviendo en Valladolid ¹.

¹ Aunque se habló no poco de la Augusta Princesa fundadora de las Descalzas Reales de Madrid, en el capítulo anterior, todavía cabe insertar ahora una cláusula de su testamento, que da cabal idea de cuán apartada andaba tan santa y regia Señora de las pompas y vanidades de la tierra. Tráela en sus *Grandezas de Madrid* el citado Gil González Dávila, pág. 38, en esta forma: «He leído su testamento que le ordenó el Maestro Frai Juan de Vega su confesor y testamentario del Orden de San Agustín. En una cláusula manda que fuera de lo muy forzoso para el bien universal de su alma, no se hagan otros gastos en pompas, túmulos, ni demasías funerales, pues allende de ser sin provecho en la muerte, que deshace las coronas de las grandezas y reinos, entonces quiere la condicion humana mostrar no ser lo que la muerte pretende. Finó en el convento Real del Escorial á 7 de Setiembre de 1573, de su edad 38, y diéronle sepultura en su convento Real (Descalzas) en el mismo aposento donde había nacido, en un sepulcro costoso edificado de bronce, mármoles y jaspes finos, y el epitafio de su sepultura dice: *D. O. M. Ioanna virtutis exemplar, Caroli V. et Isabelle Augustæ filia. Ioannis lusitanorum principis uxor. Sebastiani regis mater, H. S. E. Obiit anno 1573 ætatis suæ 38.*»